



FUE un HOMBRE BUENO. ¡HASTA SIEMPRE, HERMANO!

El Hno. Adrià Trescents fue un hombre bueno. Tuve la oportunidad de entrevistarme formalmente con él en dos ocasiones. La primera de ellas en 1986. La segunda, hace tan solo un par de años. Nada mejor que algunas de las palabras que me regaló para decirle ¡Gracias, Adrià! ¡Hasta siempre, Hermano!



¿Quién es Adrià?

Soy un Hermano de La Salle que ha querido dedicarse preferentemente a los pobres.

Descríbenos un día de tu vida.

Cada mañana, de 7 a 8, atiendo el desayuno de los muchachos en el *Centre Obert*. Luego, acudo

a alguna cita (si he quedado en un bar con una prostituta o con un recién salido de la cárcel...). Cada semana visito dos o tres cárceles...

¿Qué haces entre la gente de la calle?

Yo no hago nada. Atiendo a personas que he conocido en la calle, visito a las que ya conozco, a las que me escriben... Escribo cartas a los presos; les envío los relatos que escribo. A nadie niego el saludo... ¿Qué hago yo con la gente de la calle? Una insignificancia es lo que hago.

¿Es posible mantener el coraje y la esperanza en medio de tanta desolación?

A veces me pregunto por qué no me desanimo. Y me respondo:

- Porque no lucho por éxitos, ni aspiro a tener resultados, sino a servir a las personas. Mi objetivo es lograr que coman si no comen, que duerman en una cama si no la tienen, que vayan entrando en juegos sociales que los atiendan.
- Porque procuro rezar mucho. Me levanto a las 5.30 y tengo un tiempo para rezar solo.
- Porque escribo el diario, resumo las entrevistas que he tenido con los presos, contesto cartas... y hasta ahora, el director de OVINSO leía y supervisaba todo esto. Me orientaba.
- Y, además, porque soy el hombre que más besos recibe de mujeres, y eso también anima, caramba.

Tu sueño favorito:

Que las personas no tuvieran necesidad de delinquir, que hubiera un cambio total de sociedad y comprendiéramos la vida y el mundo y dejáramos de explotarlo.

Si tuvieras unas botas mágicas...

Correría a tocar la mente de los políticos y hacerles ver la crudeza de la marginación. Todos los hombres tienen derecho a vivir. Dios ha hecho el mundo para todos, no para unos pocos.

Si te encontrases la lámpara, le pedirías...

Que la gente tome conciencia de los marginados; que intente remediar algo su situación y que la gente haga cosas por amor verdadero.

Tu mayor pesadilla:

Veo a niños que irán a parar a la cárcel; los veo nacer y temo por su futuro. Son los niños que nacen en ambiente de marginación.

La cualidad humana que más admiras:

La solidaridad. Supone compartir, hermanarse, luchar juntos, superar juntos las dificultades.

Tu personaje más admirado:

Jesús. En el Evangelio está todo el fundamento del amor, que se traduce en compartir, que siente el sufrimiento de los demás y trata de remediarlo.

Un motivo para el optimismo:

Somos seres humanos y siempre hay esperanza.

Había un Hermano de La Salle que estaba muy enfermo. Fui a verle. La enfermera me dijo: «Necesita que le des un beso, que le acaricies...». Yo le besé y le acaricié. Entonces abrió los ojos y comenzó a hablarme...

¿Quieres decir que el amor hace milagros...?

Esto otro me ocurrió en el centro de terminales de SIDA. Los envían allí a morir. El Guindilla estaba a punto de hacerlo. Una enfermera voluntaria le dio un beso diciendo: «Este pobre necesita besos». Hice caso a la enfermera. Las últimas palabras de *el Guindilla* fueron: «Cuídese, Hermano Adriano, se está haciendo viejo».

**Intentad vivir sirviendo a los demás
y servir en el amor; el Evangelio
se reduce a eso.**

Tu sueño favorito

Que el Instituto se incline por los pobres. Se hace muy poco por los pobres, aunque se habla mucho de ellos.

¿Cómo reconocer si estamos realmente con los pobres?

En un sitio de pobres donde no hay problemas, no hay pobres. Cuando en un centro de pobres no hay problemas, ya no hay pobres en ese centro.

¿Qué te gustaría que dijese de ti?

«Fue un hombre bueno»; aunque, en realidad, yo no aspiro a que me recuerden. A lo único que aspiro es a ser solidario. Me gusta compartir mi vida con los marginados.

Un secreto para vivir con esperanza en medio del dolor.

Si uno se toma la vida con humor, es muy bonito vivir. Lo más importante es dar un poco de alegría a la gente. Amar sirviendo y servir amando; hacer felices a los demás sería maravilloso.

Regálanos tu mejor deseo.

Intentad vivir sirviendo a los demás y servir en el amor; el Evangelio se reduce a eso.

El Hno. Adrià a nadie dejó indiferente. Él fue la voz de los sin voz, la sinfonía de los olvidados.

HAL, el Hermano, entrañable y sencillo, pequeño gran hombre que entregó su vida por sus hermanos, nuestros hermanos, los marginados.

¿Crees en los milagros?

Fíjate si creo en ellos que hasta yo posiblemente he hecho algunos.

Cuéntanos alguno de ellos.

Un día se me acercó una chica morena de 17 años. Prostituta. «¿Me das fuego?», me dijo. Y continuó: «¿Y querrás que vaya contigo?». «Para eso te invito», le respondí. Y la invité al Cosmos (un bar), donde me contó su vida. Tenía el SIDA. Poco antes de morir quiso verme. Fui al hospital.

Estaba llena de tubos. Le quedaba una semana de vida. De pronto, se levantó, me dio un gran beso y le correspondí. Al cabo de unos días, se había curado.

(Adriano narra sus experiencias con naturalidad, una sabia mezcla de humor y ternura que le confería una sencillez y un atractivo especiales...).



SONRÍA, POR FAVOR

(Mes tras mes, junto al relato de sus experiencias que él titulaba Notas insignificantes, el Hno. Adrià nos regalaba una permanente invitación a la alegría).

Alguna vez me quedo sin Misa. Mis amigos no tienen horarios de misas.

Hoy he asistido a una iglesia de las Ramblas.

Casi a mi lado, cinco religiosas con hábito, un poco entradas en edad. Las cinco muy piadosas y reverentes. Las cinco buenas parroquianas. Una ha hecho una lectura; otra ha pasado la bandeja; otra ha ayudado en el ofertorio. Las cinco con una



Nuestro Dios es Dios de alegría.

piEDAD seria. ¿Le corresponde al Señor una piedad pétrea, de aquella que necesita retorcer el pescuezo, forzar el rictus y posar ojos de otro mundo? (No. Ya se ven pocas religiosas así. Supongo que es un don de Dios para los nuevos tiempos).

Han salido igualmente serias. Sin hablarse. Sin sonreírse. Una «dama» se ha acercado a saludar a la superiora. Y la superiora ha abierto una sonrisa más ancha que la calle (claro que las calles de nuestro barrio no son muy anchas). La superiora ha sido complaciente, sonriente, afectuosa... con la dama.

Se ha marchado la dama y las cinco han vuelto a quedar serias, más serias que antes.

Una jovencita de unos 14 años, bonita y sonriente, ha venido a saludar a otra de las religiosas serias. La religiosa ha sonreído instintivamente; ha acariciado los cabellos de la niña, le ha hablado con dulzura casi celeste.

Luego, las cinco religiosas han continuado con su hábito, serias, con seriedad enfadada, y se han metido en su «convento».

He recordado que a muchos religiosos nos pasa lo mismo: mantenemos entre nosotros una seriedad... pero apenas se acerca alguien que no es de la comunidad, casi nos derretimos en sonrisas y dulzuras y reverencias...

¿Por qué guardamos tantas veces la seriedad sólo para nuestra comunidad?

¿Por qué nos cuesta tanto suavizar nuestro roce diario con nuestros Hermanos de comunidad o nuestros compañeros de trabajo?

A mí me ha pasado con frecuencia. Y sé de un hermano mío, con fama de «bondad complaciente», que en comunidad apenas dirige la palabra a nadie...

Hoy, domingo por la tarde, no he podido ser serio con ninguno de mis hermanos porque los domingos por la tarde no suelo verme con ninguno.

No he podido hacerme el serio porque me han venido dos mujeres, una chica, un mendigo, un pordiosero sucio, un ladrón de poca monta...

Y me han venido dos chicas drogadictas con SIDA, sucias, con las pupilas deshilvanadas por la droga... Y, apenas han entrado en mi despacho, se ha abierto mi sonrisa y se ha disparado mi beso y se han puesto en movimiento mis ya viejos resortes de ternura.

¿Qué hubiera hecho si, en lugar de las dos chicas, hubieran entrado dos de mis hermanos, sin SIDA...?

He de aprender a sonreír a mis hermanos siempre, en cualquier lugar y en cualquier circunstancia.

Sonriamos, por favor; que la seriedad no es para el templo ni para el convento, ni para la Misa ni para la mesa; ni para la calle ni para el patio.

Nuestro Dios es Dios de alegría y de Resurrección. Y la Resurrección es alegría.

Sonriamos, por favor.